

ATAHUALPA YUPANQUI – ZULMA LASTRA

OYENTE, NARRADORA Y TESTIGO DEL CAMINANTE

Desde el vientre de su madre, la escuela, o doña Tremebunda; a la luna de miel en Cerro Colorado. Un almuerzo en Agua Escondida y el eucalipto que acompañó una despedida sobria, pero que le arrojó el corazón para siempre. Esta entrevista que Máximo Arbe, Vicepresidente de la Fundación Atahualpa Yupanqui, le realiza a Zulma Lastra, revive momentos fundantes de la vida de don Ata en el Cerro Colorado, como aquel Angelus paisano entregado a las hojas del paraíso. Anhelamos poder “traducir” la admiración amorosa de esta paisana de Monte Buey que no le gusta definirse como amiga de Yupanqui, sino como su discípula, y que fue oyente y testigo del camino de don Ata. Hasta su entrada al Silencio.

MA: ¿Cómo aparece en tu vida Atahualpa Yupanqui?

ZL: Yo recuerdo siempre a mi maestra de 6º grado que para una de esas tradicionales veladas de fin de año eligió para que cantáramos una canción titulada *Camino del indio*. Yo tenía 13 años, pero me impactó mucho esa poesía. Quedé maravillada con su letra, descubrí a través de ella un país que no conocía, ni la geografía ni la historia me habían hablado de él. Yo no sabía quién era el autor, pero despertó en mí un interés y una curiosidad que antes no había sentido. Mucho tiempo después supe que esa canción era de Yupanqui. Luego pasaron unos años, no muchos, con mis hermanas escuchábamos una audición infantil por una emisora de Córdoba, la dirigía una señora que se hacía llamar doña Tremebunda. En ella los niños cantaban, recitaban poesía, contaban cuentos. Era muy entretenida y alimentaba nuestra imaginación, estábamos prenditos de la radio, recibíamos sus voces y la música, aún no nos llegaba la imagen. En una de esas tardes un niño recitó una poesía que me encantó a tal punto que se la mandé a pedir a “doña Tremebunda”.

MA: ¿Por correo?

ZL: Claro. La señora muy amablemente me la envió. Era la poesía “Zamba”. Recién cuando la tuve en mis manos supe que era de Yupanqui. Yo dije ¡ah, otra vez me encuentro con Yupanqui! Cada vez que la leo pienso que se puede bailar sin música, tal es la melodía y armonía de su letra... Aún conservo esa carta, la contemplo amarillenta ya, me fijo en la fecha: 1952.

MA: Se puede decir que lo conociste en tu infancia

ZL: Quizás antes. Un día estaba con mi mamá en una reunión, cuento estas anécdotas, y ella me dice: mira hija, yo creo que mucho antes lo conocías. Entonces le pregunté ¿desde cuándo? Y me contó que cuando ella estaba embarazada de mí, mi padre recibía un diario, un órgano periodístico del partido comunista, allí escribía Atahualpa. A mi madre le gustaba mucho y recortaba y guardaba las notas. Entonces quiere decir que yo tuve muy temprano la influencia de este hombre que luego sería tan caro a mis sentimientos.

MA: ¿Y personalmente cómo lo conociste?

ZL: Estaba latente en mí el deseo de escucharlo en un teatro, en aquellos tiempos no era fácil. Por entonces me enteré de que se presentaría en el Teatro El Círculo de Rosario, en un espectáculo junto a Los Quilla Huasi, Ramona Galarza, Santiago Ayala y Norma Viola con el Ballet que ellos dirigían en *Magia y Misterio del Folclore*. Invité a una amiga, profesora de música y comenzamos a hacer planes, a juntar moneditas que, como siempre, eran escasas para esta clase de gustos. Ya en el teatro me llamó la atención la cantidad de jóvenes que esperaban para entrar, yo observaba todo y noté algo que se repetiría siempre que fui a ver a Yupanqui, lo heterogéneo de su público, jóvenes, pero también adultos y ancianos, gente muy bien vestida pero también humildes y algunos muy pobrecitos, habitués de los teatros, o gente como nosotras que no podíamos ocultar que veníamos del campo y no nos alcanzaban los ojos para mirarlo todo. Fue una noche maravillosa. Cuando terminó lo fuimos a saludar y él se mostró muy amable, nos recibió en ese lugar encantador que es el escenario. Volvimos llenas de admiración.

MA: Me parece que la admiración fue lejos Zulma, porque me han contado que tu luna de miel fue en el Cerro Colorado...

ZL: Bueno, yo era profesora de educación plástica en las escuelas y tenía mucha curiosidad de conocer las pictografías de Cerro Colorado. Había leído una nota muy interesante en una revista que mi padre compraba. Varias veces viajé a Córdoba con la idea de irme al Cerro, pero al llegar me desanimaban, me decían, pero qué vas a ir al Cerro Colorado, ¡cómo ir sola a ese pueblo!, es un lugar inhóspito, no hay hoteles, no hay teléfono, no hay luz eléctrica y hay a víboras... Bueno, ese era el panorama que me pintaban, yo me volvía a mis pagos y sentía la frustración de no haber cumplido mi sueño. Lo cumpliría en una ocasión muy especial: mi viaje de bodas. Oscar Bossa, el que sería mi esposo, me lo propuso conociendo mis deseos y allá fuimos.



MA: ¿En qué año fue tu luna de miel?, ¿cómo fue la experiencia?, ¿el Cerro Colorado era como te lo decían?

ZL: Era el año 1966. Llegamos al Cerro el 10 de enero de ese año. Y verdaderamente era como me decían, no había luz, no había hoteles ni teléfono. Pero estaba el río Los Tártagos, los talas, los algarrobos, una hermosa fronda autóctona, muchos pájaros y las pinturas rupestres tantas veces soñadas, las que visitaríamos y admiraríamos muchas veces esos días. El viaje nos pareció larguísimo, sin saber que podíamos ir por Santa Elena tomamos el ómnibus que va por Tulumba, Caminiaga... A pesar de su largura fue una experiencia muy buena, conocimos cómo vivía la gente en esa zona, comprendimos que el ómnibus transportaba algo más que pasajeros; de pronto parada en una tranquera estaba una viejecita, el chófer la conocía, la llamaba por su nombre y a la pregunta: —¿Lo vio a m' hijo?, él le respondía: —Sí doña, le manda saludos y dice que el sábado va a andar por aquí. Y seguíamos viaje. Más adelante volvíamos a detenernos y esta vez no era un mensaje sino algunos medicamentos que entregaba a un grupo de gente que allí esperaba y así... íbamos matizando el viaje mientras ya caía la tarde y el paisaje se engalanaba con los colores de un sol único, rojo como el suelo que ya empezábamos a transitar, estábamos muy cerca. Finalmente llegamos al Cerro de noche, el ómnibus paraba en un almacén y me di cuenta que era todo un acontecimiento. Un nutrido grupo de paisanos lo esperaba porque con él llegaban también cartas, diarios, encomiendas y mensajes verbales.

MA: Bueno, enero es un mes muy especial para los yupanquianos, es el mes del cumpleaños de don Ata ¿pudieron verlo?

ZL: Sí. Fue un encuentro maravilloso. Resultó que amanecimos en una habitación muy sencilla, decidimos sin ninguna duda quedarnos allí. Comenzaba nuestra relación con el Cerro. Lo recorrimos a todas horas, por todos lados, visitamos varias veces las pictografías a veces solos, otras con guías. Nuestro primer guía fue don Ibarra. Éramos los únicos forasteros que andábamos por el pueblo, no dejábamos de llamar la atención, nos saludaban con mucha corrección y amabilidad y como supieron a qué nos dedicábamos, para muchos fuimos siempre “los panaderos de Monte Buey”. Hugo Argañaraz (con quien luego entablamos una amistad muy grande) era el dueño del almacén más viejo del Cerro, el almacén de ramos generales. Un día le comenté: —Me dijeron que Yupanqui suele venir al Cerro, a lo que Hugo contestó: —Vive aquí, aquí tiene su rancho, a veces se ausenta para cumplir con sus obligaciones artísticas, pero siempre vuelve. Ahora está aquí, hoy lo vi salir a la ruta en su Citroën con el Kolla, su hijo, ya han de estar por volver. Fue una sorpresa muy agradable saber que don Ata vivía en el Cerro y una oportunidad. Yo lo había saludado aquella vez en el teatro de Rosario, y ahora se me presentaba esta otra oportunidad.

MA: ¿Cómo fue el encuentro?

ZL: Recordamos con Oscar que en una de nuestras recorridas habíamos visto en una encrucijada del camino dos piedras, en una decía don Ata y en la otra Pachi. Hacia allí nos dirigimos dispuestos a esperar ya que era inevitable que por ese camino pasaran. Mientras tanto nos sumergíamos en ese paisaje... el cerro

majestuoso parecía que nos observaba, igual que el algarrobo que está allí quien sabe desde que tiempo *pa'darle un poquito i'sombra a los cansao del camino*, el suelo engalanado con florcitas pequeñas, verbenas, zinnias, tacitas de colores, los aguiluchos revoloteando en las alturas y los pájaros picoteando, saltando, cantando a nuestro alrededor hacían muy agradable la espera. De pronto Oscar dijo: —¡Ahí vienen! Yo me asomé al camino: —¡No viene nadie! Y Oscar dice: —escucho el ruido de un Citroën. Efectivamente en ese momento asomaba el coche. Sentí que me emocionaba, que el corazón latía más fuerte. —¿Y ahora qué hacemos? ¿Lo detenemos? ¿Lo saludamos al pasar? De pronto, ¡el milagro! Asombrados vemos como el coche va deteniendo su marcha y lo hace del todo a la par nuestra. Baja Coya, que por ese entonces habrá sido un muchacho de 16 o 17 años y se pone a arriar unos caballos que eran de ellos y andaban sueltos, ese era el motivo por el cual se habían detenido. Mientras tanto nosotros habíamos quedado mudos. Pero el milagro no terminaba allí, se baja don Ata que nos dice: —¿Qué andan haciendo por estos pagos paisanitos? El alma nos volvió al cuerpo y pudimos contestarle. Contamos por qué estábamos en el Cerro y por qué allí, en ese momento, queríamos saludarlo, expresarle nuestra admiración, le comenté que lo había ido a ver a Rosario, él lo recordó y me preguntó: —¿y tu amiga, la profesora de música? Yo no salía de mi asombro. Ya volvía Coyita y fue en ese momento que don Ata nos preguntó: —¿Cuándo se vuelven a sus pagos? —El sábado, le contestamos. —Bueno bueno... mañana lléguese por mi rancho, los invito a comer un cabrito así seguimos charlando. Subió al auto y se fueron andando despacito. Nosotros quedamos inmóviles sin comprender muy bien lo que nos estaba pasando. Don Ata nos había invitado a almorzar. ¿Por qué? Aún hoy me lo pregunto.

MA: ¡Puedo imaginarme las expectativas, Zulma, hasta el otro día! Estaban por conocer Agua Escondida. ¿Estuvieron ricos los cabritos?

ZL: Ese día volvimos al pueblo eufóricos. Llegó el otro día, una mañana muy linda que aprovechamos para recorrer una vez más mientras nos preguntábamos ¿a qué hora vamos?

Al fin nos encaminamos. Cuando llegamos a la piedra que decía don Ata nos preguntamos ¿acá cómo hacemos si hay un río? Pero nos encontramos con un chico que nos indicó que debíamos seguir la orilla del río, se van a encontrar con un puentecito, pueden cruzar y ahí está la casa de don Ata. Cerca nuestro iba un grupo de gente. Los chicos andaban apedreando a los pájaros con gomeras, y los grandes andaban con un rifle de aire comprimido también agrediendo a los pájaros. La cuestión es que esta gente llegó unos pasos antes que nosotros. Don Ata estaba parado en la tranquerita que da al río, con una cara... tan serio... yo tenía ganas de volverme. Pero la seriedad era con este grupo de gente, porque cuando los tuvo cerca les preguntó: —¿ustedes odian a los pájaros? —No, no, le dijeron. —¿Y por qué los matan? —Es para divertirse, los chicos no los matan, es para divertirse. Entonces les responde: —¿A ustedes les parece que el paisaje de este cerro les ofrece poco divertimento sin necesidad de matar? No les llegó mucho esta reflexión a estos cara dura y le dicen: —Nosotros venimos porque nos dijeron que usted tiene un museo. —No, les dice, aquí no hay un museo. —Pero nos dijeron en el pueblo que usted tiene cosas que ha traído de sus viajes... recuerdos. —No, no. Sigán, sigán su viaje, aquí no hay ningún museo, les dice. Así que esta gente se fue. Y bueno, ya con nosotros cambió su cara y dijo: —Pasen paisanitos, pasen, pasen. Así que esa fue la primera vez que entré a Agua Escondida. Estaba Nenette, estaba el Coya, estaba un señor Elías de apellido, y nosotros ahí muy tímidos, sin saber qué hacer. Pero ellos fueron muy amables, Nenette muy amable con nosotros, los dos muy amables. En eso llega el pibe que habíamos encontrado en el camino, llegaba con el cabrito, recién llegaba el cabrito. Y dice don

Ata: —Mientras se cocina el cabrito, pasen que les voy a mostrar ese museo que dicen. Claro no era un museo, era la casa de ellos, pero tenía el piano, instrumentos antiguos, afiches, bueno todas las cosas que después se exhibieron en el museo. Él nos fue contando cosa por cosa, y contándonos por qué tenía eso, de dónde lo había traído, en qué circunstancia se lo habían entregado, una charla muy amena, todo tenía su historia. Tenía el don para la palabra, y sentido del humor, nos hacía reír con algunas ocurrencias. Allí conocimos lo que después sería el museo de Yupanqui.

MA: ¿Esto fue unos 20 años antes de la Fundación no?

ZL: Sí, 21 años antes.

MA: ¿Y qué imagen o qué objeto te impactó más de lo que viste aquella vez?

ZL: Una especie de vaso. Estando don Ata en Arabia se había encontrado con un grupo. Decían ser forajidos, ladrones, él había entablado conversación y uno de ellos le regala el vaso. No recuerdo bien de qué lugar era. Yo pensaba, este hombre tratándose con el mundo entero... sentí que nos estaba dando una clase.

MA: ¿Y ese niño o pibe era Robertín?

ZL: Claro, era Robertín, y este señor Elías estaba empeñado en hacerlo hablar, le insistía. que Robertín dijera algo. —¡Habla muchacho! ¡Decí algo! A lo que Robertín contestó: —No tengo qué, señor. No sé si a los demás esta respuesta les causó algo, pero yo sentí que ella encerraba el espíritu de ese lugar y de ese momento. No decir nada si no había qué decir.

MA: ¿Qué profundo!

ZL: Verdaderamente me pareció muy profundo porque qué se podía charlotear en el momento que estábamos viviendo en ese hermoso lugar. El muchacho tenía razón. Si no había nada

importante que decir, mejor es estar en silencio. Cuando nos avisaron que estaba listo el cabrito. —¡Vamos!, dijo don Ata con entusiasmo y nos advirtió: —después, a la hora de la siesta ¡cada carancho a su rancho! la siesta es sagrada. Y así estuvimos, comimos y luego nos indicó que fuéramos a conocer un lugar que era el Pozo de las cañas. Y allí fuimos y nos bañamos en un lugar paradisíaco, solitario, una pileta natural con el agua cristalina, los pájaros y los peces cuando se acostumbraron a nuestra presencia compartieron con nosotros esa tarde que fue perfecta. Cuando volvíamos ellos estaban tomando mate en el patio, nosotros seguimos de largo. Y nos fuimos con todo lo que nos había contado...

MA: ¿Qué historia quisieras recordar de las relatadas por don Ata o Nenette?

ZL: Y... es muy linda la historia del nombre Agua Escondida. Cuando construían la casa, el rancho como lo llamaban ellos, pensaron que era una necesidad cavar un pozo para tener agua, cuando se lo propusieron a la gente de allí, estos le decían que era muy difícil, “el agua aquí está escondida”, hubo que insistir para que lo hicieran, don Ata se apoyaba en algo que solía decirle su madre: “donde hay talas, el agua no está lejos”. Pese a este argumento los poceros comenzaron a trabajar con bastante pesimismo y cuando llegó la hora del almuerzo y la siestita dejaron las palas en el fondo del pozo que estaban construyendo y se fueron, cuando volvieron estaban tapadas por el agua. ¡Qué hermosa historia! Muy bien elegido el nombre Agua Escondida, esto lo contaban entre Nenette y don Ata y sus miradas tenían un dejo de lejanía y nostalgia.

MA: ¿Cómo impactó en tu vida este encuentro tan anhelado?

ZL: Han pasado más de cincuenta años y permanece en mi recuerdo, como una reliquia que revive en determinados momentos de mi vida, el día de la despedida. En los días que

aún nos quedaban volvimos a ver a don Ata en las tardecitas. Venía a esperar el ómnibus que traía el diario. Además, se formaban unas tertulias interesantísimas alrededor de una mesa redonda de piedra del Cerro que tienen frente al almacén los Argañaraz. Nosotros nos íbamos acercando despacito y éramos testigos de unas charlas que hoy pienso deberíamos haber grabado. Recuerdo una tarde en especial, ese día Don Ata vino a caballo, ¿habrá sido El Extraño? Quizás. Bien aperado el potro y el jinete para no ser menos, luciendo un sobrio pero elegante traje de paisano, botas, sombrero y mantita al hombro. Había otros señores que por su apariencia debían ser puebleros, vecinos tal vez, nunca lo supe, después de la acostumbrada charla se fueron retirando, saludos amables, bromas acompañadas de risas. El tono era muy bajo, algo que nos había llamado la atención, el boliche podía estar lleno de gente y, sin embargo, no se sentían voces altas, menos aún gritos. Por aquellos días el paisano del Cerro era así. Esa tarde nos acercamos, le dijimos que al otro día viajábamos, nos despedimos, lo vimos montar su caballo y alejarse para su rancho. Yo me apoyé en el gran eucaliptus que está frente al almacén y contemplé como se alejaba, ya el Intihuasi y el Veladero extendían su sombra hacia la calle principal del pueblo, el jinete era parte de esa sombra, el Cerro acaparaba las últimas luces del día convirtiéndose más que nunca en Cerro Colorado. Hasta me pareció que su cresta brillaba como de plata. Volvimos a Monte Buey con la sensación de que nada era igual que antes. El Cerro, don Ata nos habían envuelto con su magia. Teníamos dos lugares en el mundo: Monte Buey y el Cerro Colorado. Volvimos a él muchas veces.

MA: Un sueño Zulma, compartir con el artista admirado en su propio entorno. ¿Cómo siguió el vínculo?

ZL: Bueno, fuimos a Cosquín cuando pusieron el nombre Atahualpa Yupanqui al escenario, estuvimos en el patio de la iglesia con algunos personajes dignos de tenerlos en cuenta, como

son los creadores de ese festival que por ese entonces guardaba la esencia con la cual y para la cual había sido creado. Le preguntamos a don Ata si se iba a quedar toda la semana, nos respondió: —No, no paisanita, esto no es para mí. Él no encajaba en todo ese gentío, que ya se iba para el Cerro, nos invitó a que lo acompañáramos, pero nosotros no disponíamos de tiempo, nos habíamos hecho una escapada para estar presentes en el homenaje, y ya nos volvíamos. Pasado un tiempo recordando esto con Oscar nos decíamos: —¡Qué tontos! Desaprovechar esa oportunidad de viajar al Cerro con don Ata. En otra oportunidad lo fuimos a escuchar a Justiniano Posse, un pueblo vecino a Monte Buey, lo había invitado el párroco de esa localidad, el cura Jeremías Gutiérrez, que se conocían porque este también tenía una casa en el Cerro. Actuaban también Los Olimareños, fue una noche muy linda. Don Ata era amigo de don Artemio Aran, viejo conocido de mi padre, vivía por entonces en Bell Ville, por donde don Ata pasó a buscarlo. Cuando terminó la actuación se sentaron a una mesa los tres, el cura, don Ata y don Artemio, un trío más que raro, pues eran un católico, un comunista y un socialista. Se pusieron a charlar y era tan interesante lo que hablaban que al rato la mesa estaba rodeada de gente, sobre todo jóvenes, que gozaban de la conversación. Ellos eran conscientes de lo que estaba pasando así que hicieron un despliegue de ingenio, inteligencia y simpatía. Para los que asistimos a esto fue el verdadero espectáculo. Siempre que pude fui a verlo al teatro. En julio de 1972, en el que todavía era El Rivera Indarte en Córdoba, en julio de 1979 en El Círculo de Rosario y el mismo año en el teatro Cómico de Buenos Aires.

MA: ¿Yupanqui nunca vino a tocar a Monte Buey?

ZL: Sí. Fíjate qué curioso. Mientras yo fui Directora de Cultura nunca me animé a invitarlo. Pero cuando hubo otra gente sí vino, intercedí para que viniera y vino. Pero... ocurrió

lo que me temía, vino poca gente. Conozco a mi pueblo, por eso yo no me animaba.

MA: ¿Y al Cerro Colorado volvieron?

ZL: Tratamos de estar en sus cumpleaños, a él le gustaba festejarlo en el Cerro Colorado.

MA: ¿Cómo era un cumpleaños de Atahualpa Yupanqui en el Cerro?

ZL: Bueno, la gente iba, la gente iba. El que más recuerdo es el de los 80 años porque se hizo una comilona multitudinaria, ahí el que quiso ir, podía ir, compartir el festejo. Se hizo en el salón de los Argañaraz... el Coya cocinó unas vaquillonas, unos cabritos. Atesoro el recuerdo de esos momentos siempre con la atención y el afecto de don Ata y Nenette.

MA: ¿Él solía cantar, tocar la guitarra, en esas reuniones?

ZL: Nunca. Cuando por decisión de los dos la casa pasó a ser Museo, Nelly Canepari y Marta Elías (Monona) estuvieron a cargo de la preparación. Me invitaron a participar, lo hice con verdadero interés y me siento privilegiada por haberlo hecho. Fueron unos días muy lindos, Nelly hizo un buen trabajo y el Museo quedó listo para ser inaugurado. Recuerdo la tarde en que se finalizó, Nelly invitó a don Ata a verlo y lo recorrieron de palmo a palmo, don Ata con el recuerdo de cada objeto y Nelly explicando el porqué del lugar que ocupaba cada uno. Después salimos al patio a juntar las hojitas que el paraíso había diseminado por el suelo, en ese momento don Ata salió con la guitarra y nos regaló unas melodías, el sol estaba poniéndose, el Cerro adquiría a esa hora una tonalidad indescriptible, cada vez que me tocó vivirla he llegado a emocionarme hasta las lágrimas. Don Ata me dijo: —¿viste que no canté? es la hora del *Ángelus*, hay que ser respetuoso, solo la música. En ese momento recordé un cuadro de Jean Francois Millet que se llama justamente *El Ángelus*, en el que

están dos personas, un hombre y una mujer que han abandonado sus herramientas de trabajo, horquilla, carretilla, canasto y con la cabeza gacha se entregan a la oración, antigua costumbre entre los campesinos, agradecer a Dios al finalizar el día. No sé la fe religiosa de los que estábamos esa tarde compartiendo ese lugar y ese momento, pero sin duda estábamos cumpliendo con aquel rito ancestral. Habíamos agradecido y pedido por el día de mañana sin darnos cuenta. Al otro día llegaron invitados especiales: Efraín Bischof, Maldonado Carulla, creo que estuvo Gloria López Díaz, representantes del gobierno provincial, autoridades de los pueblos vecinos y también los viejos habitantes del Cerro a quien don Ata les brindó una atención especial: don Indolfo, don Ibarra, don Roque, la señora de Barrera (esposa de Pachi Barrera) y algunos otros que no recuerdo en este momento. Fue un acto muy lindo y así quedó Agua Escondida convertida en Museo para el Cerro. Le pregunté a don Ata si era una donación la que hacían y me dijo: —Devolvemos paisanita, devolvemos.

MA: ¿Te comentó alguna vez qué imaginaba en relación a la Fundación?

ZL: Me contó cómo había adquirido ese lugar. En el almacén del pueblo en su juventud se juntaba con Pachi²⁴ y con otros guitarreros pasando horas muy lindas. Entonces un día Pachi Barrera le dijo: —¿Qué lástima que mi papá no lo puede escuchar! —¿Por qué? —Porque esta postrado y no sale de su rancho. —Bueno, le dice don Ata, si no sale él, voy a ir yo. Así que todos los días iba a charlar con don Barrera y a cantar algunas canciones que le agradecía, por supuesto. Hasta que una vez

²⁴ Patricio Barrera conocido como el "Indio Pachi" nació y transcurrió toda su vida en el Cerro Colorado, provincia argentina de Córdoba, donde es recordado por su bondad y hospitalidad. Fue trabajador rural y un guitarrista con un estilo único, su forma de tocar el instrumento es conocida por todo el norte cordobés (N. de la Ed.).

don Barrera le dijo: —Bueno Yupanqui, ya que a usted le gusta tanto este lugar, le voy a donar un terreno para que usted se haga un rancho. Elija el lugar, tantos lazos por tantos lazos, esa era la medida. Eligió el lugar, me parece que eligió muy bien porque para mí eligió el mejor lugar del cerro. Tantos lazos para un lado, tantos lazos para el otro. Bueno, le dijo don Barrera, ya vamos a hacer los papeles y va a ser suyo. Por eso que él me decía “devolvemos”, no lo estoy donando, lo estoy devolviendo. Y me dijo: —El sueño mío es que a este lugar puedan venir los cantores, bailarines, poetas, músicos, gente de letras, gente que le guste escribir, que pueda pasar aquí un tiempo y que este lugar los ayude en su trabajo. Y dice: —Acá vive don Roque (el casero), pero ya se está haciendo su casa, así que esas habitaciones van a quedar vacías, y ahí se podrán alojar algunos. Hasta me imagino ahí en frente, cruzando el río, hacer cabañas en donde la gente se aloje y el cerro los ayude como me ha ayudado a mí.



MA: ¿Don Ata por entonces hablaba de la Biblioteca?

ZL: Sí claro, ya hablaba, él tenía “muchos libros que he comprado, que me han regalado, libros con los que me he instruido, libros que me han educado, sería muy lindo que pueda servir a otros; así que con Nenette estamos pensando en crear una Fundación que ampare estas dos ideas, el museo y la biblioteca”. Yo tuve la oportunidad de estar cuando todavía Nenette era su Presidente. Había gente muy entusiasmada, pero ya se vislumbraba algo que podía ser un inconveniente, y eran las distancias, porque había gente de Buenos Aires, Santiago de Estero, Rosario dentro de la Fundación. Fuimos muy honrados mi esposo y yo porque nosotros no pertenecíamos a la Fundación, pero Nenette hizo que nos invitaran, así que ahí estuvimos escuchando toda la planificación.

MA: ¿Qué crees que fue lo que llevó a Atahualpa y Nenette a pensar en este proyecto de la FAY?

ZL: Yo creo que ellos entendieron muy bien lo que significaría para el Cerro Colorado dejar ese legado allí. Yo seguí yendo al Cerro, y puedo hablar de un antes y un después de la muerte de Yupanqui. Turísticamente el cerro no era muy visitado antes. Las pictografías siempre fueron muy importantes, sin embargo, no atraían demasiado. Después de su muerte yo he visto cómo los colegios organizan viajes. Para uno de los colegios de Monte Buey ya es una cuestión institucional, una vez al año se viaja al cerro. Una vez me encontré pernoctando en la casa de Hugo Argañaraz y de pronto siento mucho ruido, pregunto, y me dicen que habían venido muchos estudiantes y jubilados, cuando salí al patio estaba el lugar lleno de ómnibus que venían con visitas. Y el primer punto que tocaba, era la casa de don Ata. Yo creo que él quiso devolverle esto al cerro, lo que había recibido del paisaje.

MA: ¿Cómo crees que se debe difundir la obra de Atahualpa?

ZL: Cada vez que puedo hablar con los docentes

les digo que, así como está en la currícula de las escuelas el *Martín Fierro* o *Don Segundo Sombra*, la obra de Yupanqui tiene que estar también. Espero que alguna vez se contemple su estudio, dejando de lado la política, que se valore la verdad de la obra. Porque nosotros tenemos a José Hernández que hizo una obra maravillosa, pero Hernández no era un paisano, era un observador de lo que ocurría ¡y qué observador! También tenemos a Güiraldes que ha tenido la suerte de encontrarse con el paisano que inspiró a su personaje, Don Segundo Sombra. En el caso de Yupanqui es distinto, porque fue protagonista. Él habla de la zafra y él ha hecho la zafra de la caña de azúcar, habla de los mineros y él ha sido minero también, ha hecho trabajos muy duros. Fue panadero también. Él habla de lo que conoce, desde la experiencia. A mí me parece que es en Ecuador, creo que es Ecuador el país donde se estudia *El payador perseguido*... y aquí no lo conocemos. Digo, se puede analizar, discutir la obra... *Cerro bayo*, es impresionante esa obra de don Ata. Ese libro tendría que estar en las escuelas porque nos habla de un país que es nuestro país, de una raza que es nuestra raza, sus costumbres, sus pensamientos, la idiosincrasia de ese pueblo... un libro muy bien escrito, un libro profundo. Lo que pasa es que cuando uno dice Yupanqui se canta *Luna tucumana* y *El arriero*. Bueno, sí, está bien, pero su obra es mucho más grande.

MA: Y a Nenette ¿cómo la recordas?

ZL: Nenette era una gran señora, que no quería que le dijeran señora. Yo le decía señora... y ella me contestaba en ese gutural del francés, —Zulma, no me llames señora, llámame Nenette. Y a mí me gustaba llamarla así. Tenía un señorío muy especial. Y siempre me pareció como una flor exótica en ese lugar, exótica como eran los paraísos o los robles o los palos borrachos que habían plantado ellos. Conversamos muchas veces. En la anécdota del pozo y del agua ella contaba que era muy urgente hacer el pozo y un chico, Robertín, se ofreció en traerle agua. Le dijo: —Señora, yo

le traigo agua todos los días si usted quiere. Y ella gastaba el agua sin pensar si eso estaba bien. Me dice: —Un día, Zulma, supe en dónde estaba el manantial, y me dijo: —Le aseguro (siempre me trató de usted) que sentía que me iba a hacer mal toda el agua que había tomado. Porque quedaba lejísimo, en un lugar difícil de llegar, y este chico jamás me dijo hoy no voy, y el manantial quedaba tan lejos... porque así es la gente de acá, la gente nativa, que está todavía unida a sus ancestros naturales de este lugar, la gente de aquí es discreta, callada, y con esa actitud humilde de querer ayudar al otro.

MA: ¿La oíste tocar el piano alguna vez?

ZL: No, nunca la oí tocar el piano, pero sí me contaron que el piano llegó por ese camino que era mitad río, mitad piedra, mitad caminito; y dice don Ata —ahí nos juntábamos y algunas chacareritas han salido de ahí, porque ella sabe mucha música, me decía don Ata. Pero yo mientras los traté, mientras vivieron ellos yo no supe que Pablo del Cerro era Nenette, nadie me lo dijo, me enteré después.

MA: ¿Y la última vez que lo viste a Yupanqui cuando fue?

ZL: La última vez que lo vi fue en el Cerro en el año 89, cuando se cumplían los 200 años de la revolución francesa. Me comentó: —Me han hecho un encargo y no me sale, no me sale, me lo han encargado los europeos, un trabajo sobre la libertad. Y le digo: —¿Cómo don Ata que no le sale? En toda su obra está la libertad, aunque usted no la nombre. Me contestó: —Sí, pero yo nunca trabajé por encargo, por eso me cuesta. Después sabemos que compuso *La palabra sagrada*. Yo le pregunté: —¿Por qué buscaron un poeta americano? Me respondió que era porque los europeos piensan que América todavía salva algunas cosas, está más inocente en muchas cosas. Luego hablé por teléfono con don Ata en 1990 cuando falleció Nenette. Por supuesto estaba muy triste, vimos la posibilidad de que viniera a Monte Buey, me expresó los

deseos de pasar unos días con nosotros, pero lamentablemente no lo volví a ver. Y unos años después depositamos sus cenizas en el Cerro...

MA: ¿Estuviste en ese momento?

ZL: Sí, a mí me hubiera gustado viajar a Buenos Aires, lo velaron en el Congreso, me hubiera gustado verlo por última vez. No pudimos y quisimos despedirlo, viajamos aquella mañana muy fría de junio, frío que sentí aún más cuando cubrí sus cenizas. Había mucha gente, como cuando lo íbamos a ver al teatro, toda clase de gente, desde el gobernador hasta el más humilde de los paisanos del Cerro y de otros lugares del país. Cada cual lo despidió a su manera, hasta hubo quien lo hizo cantando. Tanta gente...en un momento me doy vuelta y el cerro estaba lleno, lleno de gente, gente de todos los colores se veían. La gente fue, yo cubrí con tierra sus cenizas... me dolía, fue..

MA: profundo, casi que no se pueden encontrar palabras.

ZL: En mí quedaron grabados gratos momentos vividos junto al maestro y junto a Nenette, momentos que hoy enriquecen los días de mi modesta existencia. Cuando volvíamos aquel día, pensaba si la gente del Cerro Colorado alcanzaba a comprender lo que Yupanqui hacía por ellos, al elegir como última morada aquellas piedras, aquel roble. Un roble tan hermoso y que, con el tiempo, se comenzó a adueñar de todo el espacio... Ahora entiendo porque don Ata está junto a él.

Fecha de la entrevista: 03/03/2024